me achispé al momento, según la costumbre de la Roca de Mauprat. Creo que se me ayudó á ello, á fin de hacerme hablar y conocer desde luego todos los puntos que calzaban mi rusticidad y mi ignorancia. Mi falta de educación excedía á cuanto hubieran po dido prever; pero sin duda pronosticaron l ien de mi fondo, porque no me abandonaron, y trabajaron en labrar este pedazo de roca con un celo que revelaba la esperanza.

Desde que pude salir de la alcoba, se disipó mi tedio. El abate se constituyó en mi compañero inseparable todo el primer día. Las prolongadas horas del segundo fueron dulcificadas con la esperanza que me dieron de ver á Edmunda al día siguiente, y por el buen trato de que era objeto, cuya dulzura comenzaba á sentir, á medida que me habituaba á no extranarme de él. La bondad incomparable del caballero era muy á propósito para vencer mi grosería, y se apoderó rápidamente de mi corazón. Esta era la primera afección de mi vida, la cual se instaló en mí á la par del amor violento que tenía á su hija, y no pensé siquiera en hacer luchar uno de estos dos sentimientos contra el otro. Era yo todo necesidad, todo instinto, todo deseo. Tenía las pasiones de un hombre en el alma de un niño.

IX.

En fin, Mr. Huberto, después de almorzar, me condujo al cuarto de su hija. Cuando se abrió la puerta, el ambiente tibio y perfumado que percibió mi rostro estuvo á punto de sofocarme. Aquella estancia era sencilla y encantadora; estaba colgada y amueblada con telas de Persia de fondo blanco, y perfumada por grandes vasos de china llenos de flores. Había también pájaros de Africa que jugaban dentro de una jaula dorada y cantaban con voz dulce y amorosa. La alfombra era más blanda á los piés que el musgo de los bosques en el mes de Marzo. Hallábame tan conmovido que á cada instante se turbaba mi vista; enredábanse mis piés torpemente uno con otro y tropezaba con todos les muebles sin poder avanzar. Edmunda estaba recostada en un gran sillón y hacía girar negligentemente un abanico de nacar entre sus dedos. Parecióme mucho más hermosa de lo que hasta entonces la había visto, pero tan diferente, que me sentí helado de temor en medio de mi transporte. Me alargó su mano; no sabía que pudiera besársela delante de su padre. No entendí lo que me decía; creo que fueron palabras afectuosas.

Después, como rendida de fatiga, inclinó su cabe-

za hácia atrás sobre su almohada y medio cerró los ojos.

—Me retiro á trabajar, me dijo el caballero, hacedle compañía, pero que no hable mucho porque todavía está muy débil.

Esta recomendación parecía verdaderamente una burla: Edmunda fingía hallarse adormecida sin duda para disimular mejor su turbación, y por lo que hace á mí, estaba tan incapaz de combatir esta reserva, que era un verdadero acto de compasión encargarme el silencio.

El caballero abrió una puerta en el fondo de la estancia y volvió á cerrarla; pero al oirle toser de vez en cuando, comprendí que su gabinete no estaba separado del cuarto de su hija sino por un tabique. Sin embargo sentí algunos momentos de bienestar, viéndome sólo con Edmunda, mientras pareciódormir, pues ella no me veia, y yo podía mirarla á mi satisfacción; estaba tan pálida y tan blanca como su peinador de muselina y como sus chapines de raso guarnecidos de plumas de cisne; su mano fina y trasparente era á mis ojos como una joya desconocida. Jamás había comprendido lo que era realmente una mujer; la hermosura había sido para mi hasta entonces la juventud y la salud con una especie de osadía viril. Edmunda vestida de amazona se había mostrado un poco bajo este aspecto la primera vez, y la había comprendido mejor; ahora la estudiaba de nuevo y no podía concebir que fuese aquella la mujer que había tenido en mis brazos en la Roca de Mauprat. El lugar, la situación, mis mismas ideas que comenzaban á recibir de fuera un débil rayo de luz, todo contribuía á hacer esta segunda entrevista muy diferente de la primera.

Pero el placer extraño é inquieto que experimentaba fué turbado por la llegada de una dueña á quien llamaban la señorita Leblanc, y que desempeñaba las funciones de camarera en los cuartos particulares, y de doncella para hacer compañía en el salón. Tal vez había recibido de su ama la orden de no separarse de nosotros; lo cierto es que se sentó al lado del sitial, presentando á mis ojos su espalda seca y larga, en lugar del hermoso rostro de Edmunda después sacó la labor del bolsillo y se puso á hacer calceta tranquilamente. Durante este tiempo los pájaros gorgeaban, el caballero tosía, Edmunda dormia ó fingia dormir, y yo estaba al otro extremo de la estancia con la cabeza inclinada sobre las estampas de un libro que tenía del revés.

Al cabo de algún tiempo observé que Edmunda no dormía, y que hablaba en voz baja con su criada; creí ver que esta me miraba de vez en cuando como á hurtadillas. Para evitar el embarazo de este exámen, y también por un instinto de astucia que no me era extraño, apoyé mi rostro sobre el libro, y el libro sobre la consola, y en esta postura permanecí como



dormido ú absorto. Entonces levantaron poco á poco la voz, y oí lo que decían de mí.

-Es igual, señorita, habéis tomado á un perillan por paje.

—Leblane, me haces reir con tus pajes. ¿Hay por ventura pajes ahora? Crees hallarte siempre con mi abuela. Te digo que es el hijo adoptivo de mi padre.

—Seguramente hace bien vuestro padre en adoptar á un hijo; pero ¿dónde diablos ha pescado esa figura?

Dirigí una mirada furtiva, y ví que Edmunda reía por detrás de su abanico: divertíase mucho con la charla de aquella vieja que pasaba por chistosa, y á la cual se dejaba en libertad de decir todo lo que se le ocurriera. Ofendíme mucho al ver que mi prima se burlaba de mí.

—¡Más parece un oso, un tejón, un lobo ó un milano, que un hombre! continuó diciendo la dueña ¡quémanos!¡qué piernas! y eso que ahora está más limpio. Era preciso verle el día que llegó con su capotón y con sus calzas de cuero; ¡entónces sí que daba miedo el mirarle!

—Eso te parece á tí replicó Edmunda, pero á mí me gustaba más con su traje de cazador, que cuadraba mejor á su figura.

—No digáis eso, señorita, pues si parecía un bandido ¡no le habeis visto bien!

-Si tal.

El tono con que pronunció el st tal me extremeció, y no sé porque me vino á los lábios la impresión del beso que me habia dado en la Roca de Mauprat.

—¡Si á lo menos estuviera peinado! replicó la dueña; pero jamás ha consentido que se le peine y mucho menos que se le echen polvos en el cabello. San-Juan me ha dicho que una vez que acercó la borla á su cabeza, se levantó furioso diciendo:—¡Ah! todo lo que queráis, menos esa harina. Quiero poder menear la eabeza sin toser ni estornudar ¡Dios mío! ¡qué salvaie!

—Pero en el fondo tiene mucha razon, dijo Edmunda; si la moda no autorizase este absurdo, todo el mundo conoceria que es una cosa ridícula é incómoda. Repara si no está más hermoso con tener grandes cabellos negros.

—¿Esos grandes cabellos? ¡Vaya una crin, si da miedo!

-Además los niños no gastan polvos, y ese jóven es todavía un niño.

—¡Unniño! ¡eh! ¡cáspita! y sería capaz de almorzarse niños crudos! ¡eso es un ogro! ¿Pero de dónde ha salido ese mozalvete? vuestro señor padre lo habrá sacado de entre terrones para traerlo aquí. ¿Cómo se llama?.. cuál es su nombre?

-Curiosa, te he dicho que se llama Bernardo.

-Bernardo! y nada más,

-Nada más por ahora. ¿Qué miras?

—Duerme como un liron ¡Mirad el zopeneo! Estoy mirando si se parece algo al amo. Esto nada tendría de particular; un momento de error cualquiera lo tiene, y en un menguado cuarto de hora podria... con alguna vaquera.

-Vamos, vamos, Leblanc, vais demasiado lejos...

—Pues qué, vuestro padre no ha sido jóven como los demás? Impide acaso esto que venga la virtud con la edad?

—Tal vez sea así, pues cuando de esa manera hablas, lo sabrás por experiencia. Pero, oye, aunque hayas adivinado la verdad, es menester que te portes con ese jóven del mejor modo posible; pues mi padre quiere que se le trate como á un hijo de la casa.

-Eso es lo que os agrada á vos, señorita; pero en cuanto á mí, ¿qué tengo que ver con ese señorito?

-Bah! si tuvieras treinta años menos....

-¿Por ventura ha consultado el amo vuestro parecer para instalar ese jóven á vuestro lado?.

-¿Y puedes dudarlo? ¿Hay en el mundo un padre mejor que el mio?

—También vos sois buena, señorita.... Hay muchas á quienes esto no hubiera convenido...

-¿Y por qué no? Ese jóven no tiene nada de desagradable, cuando esté bien educado.....

-Será siempre tan feo que asustará á los niños.

-Falta mucho para que sea feo, mi querida Leblanc, tú eres demasiado vieja y no te tienes por talEsta conversación fué interrumpida por el caballero que vino á buscar un libro.

—¿Está aquí la señorita Leblanc? dijo con aire muy tranquilo. Creia que estabais hablando con mi hijo¡Y bien! ¿habeis conversado los dos, Edmunda? ¿Le has dicho que serias su hermana? Estás contento de ella, Bernardo?.

Mis respuestas no podían comprometer á nadie, pues se reducían siempre á cuatro ó cinco palabras incoherentes, estropeadas por la vergüenza. Mr. de Mauprat se volvió á su gabinete, y yo me senté de nuevo, esperando que mi prima despediría á la dueña para poder hablarme. Pero dirigiéronse algunas palabras en voz baja, la dueña se quedó, y dos mortales horas trascurrieron sin que me atreviese á moverme de mi silla. Creí que Edmunda dormía realmente. Cuando la campana llamó á comer, volvía su padre á buscarme, y antes de salir de la estancia, la dijo otra vez: Y bien! habeis hablado?

—Si, sí, padre mío, respendió Edmunda con una serenidad que me dejó confundido.

Parecióme probado hasta la evidencia, según esta conducta de mi prima, que se había burlado de mí y que ahora temía mis reconvenciones. Pero despues volvió á mi corazón la esperanza, cuando recorde el tono con que había hablado de mí con la dueña, y hasta llegué á pensar que temía las sospechas de su padre, y que si afectaba una grande indiferencia era

solo para atraerme con más seguridad á sus brazos cuando llegase la ocasión. En la incertidumbre me decidí á esperar. Pero los días y las noches se sucedieron sin que llegase ninguna explicación, y sin que ningún mensaje secreto me advirtiese que tuviera paciencia.

Por las mañanas bajaba al salón y estaba en él una hora; por las tardes venía á comer y jugaba á los cientos y al ajedrez con su padre. Durante todo este tiempo estaba tan bien guardada, que no hubiéramos podido dirigirnos una mirada siquiera; el resto del día permanecía invisible en su cuarto. Muchas veces al ver el caballero que me aburría de la especie de cautiverio en que estaba obligado á vivir, me dijo: ve á conversar con Edmunda, sube á su aposento y díla que yo soy quien te envía.—Pero por más que llamaba, sin duda me oían acercarme, me conocían por mis pasos inciertos y pesados, jamás se abría para mí la puerta, y tenía que volverme, furioso y desesperado.

Es necesario que interrumpa la relación de mis impresiones personales, para deciros lo que en aquella época pasaba en la desgraciada familia de los Mauprat. Juan y Antonio habían buscado efectivamente en la fuga su salvación, y aunque las diligencias que se practicaron para indagar su paradero fueron severas y escrupulosas, no fué posible apoderarse de sus personas. Confiscáronse todos sus bienes y por auto judicial se dispuso la venta del castillo de la Roca de Mauprat, pero hasta el día mismo de la adjudicación, nadie se presentó, habiendo sido el único postor Mr. Huberto de Mauprat. Cesaron entonces las persecuciones, se pagó á todos los acreedores y los títulos de propiedad pasaron á sus manos.

La escasa guarnición de los Mauprat, compuesta de aventureros de baja estofa, había sufrido la mis ma suerte que sus señores. Como ya sabe el lector, estaba reducida hacía mucho tiempo á muy pocos individuos. Dos ó tres perecieron; otros se fugaron y uno solo cayó prisionero. Instruyósele un proceso y pagó por todos. También se trató de proceder judicialmente como contumaces, contra Juan y Antonio de Mauprat, cuya fuga parecía probada, toda vez que, desecado el pantano, en que sobrenadaba el cuerpo de Gaucher, no habían sido hallados sus cadáveres; pero el caballero temió una sentencia infamante para el honor de su nombre (como si esta sentencia hubiese podido añadir nada al horror del nombre de Mauprat) y se valió de todo el crédito de Mr. de la Marche y del suyo propio (que era grande en la provincia, principalmente por su mucha moralidad) para echar tierra al proceso y al fin lo consiguió.

Eu cuanto á mí, aunque efectivamente hubiese tomado parte en más de una de las exacciones de mis tios, no se trató de acusarme siquiera ante el tribunal de la opinión pública. En medio de la indignación general que escitaban mis tios, yo fuí considerado solamente como un jóven cautivo, víctima de sus malos tratamientos y lleno de felices disposiciones. El caballero, guiado de su generosa benevolencia y de su deseo de rehabilitar á la familia, exajeró mucho indudablemente mis méritos, é hizo circular la voz de que yo era un ángel de dulzura y de inteligencia.

El dia en que Mr. Huberto obtuvo la adjudicación del castillo, entró muy temprano en mi cuarto, acompañado de su hija y del abato, y mostrándome los títulos de pertenencia, como relevante testimonio del sacrificio que acababa de hacer (la Roca de Mauprat valía cerca de 200.000 libras), me declaró que iba á ponerme inmediatamente en posesión, no solamente de mi parte de herencia, sino de la mitad de la renta de la propiedad.

Al mismo tiempo iba á asegurar la propiedad total, finca y producto, por medio de testamento, bajo una sola condición, á saber, que había de consentir en recibir una educación correspondiente á mi clase.

El caballero había tomado todas estas disposiciones con bondad y sencillez, parte por gratitud de lo que sabía de mi conducta para con Edmunda y parte por orgullo de familia; pero no esperaba hallar de mi parte la resistencia que opuse á recibir la educa ción que tan liberalmente me ofrecia. No podría esplicar el gran descontento que me causó la palabra condición, creyendo ver en ella el resultado de alguna intriga de Edmunda, para librarse de la palabra que me había dado.

-Tío mío, respondí después de haber escuchado todas sus generosas ofertas con un silencio profundo, os agradezco cuanto quereis hacer por mí; pero no me conviene aceptarlo. No me hacen falta las riquezas. Un hombre como yo no necesita más que pan, un fusil, un perro de caza y la primera taberna que se encuentre á la orilla del bosque. Puesto que teneis la complacencia de servirme de tutor, pagadme la renta de mi octava parte de propiedad sobre el feudo, y no exijais que aprenda vuestras fruslerias de latin; un hidalgo sabe bastante cuando puede derribar una cerceta y poner su firma. No aspiro á ser señor de la Roca de Mauprat; tengo bastante con haber sido esclavo en ella. No puede negarse que sois un hombre honrado, y por le mismo, os amo mucho; pero no me gusta recibir condiciones de na.

Jamás he hecho nada por interes, y prefiero mi ignorancia á toda la sabiduría del mundo, si la he de adquirir á espensas del prójimo. Por lo que hace á mi prima, jamás consentiré en hacer semejante brecha en su fortuna. Bien és cierto que haria gustosa el sacrificio de una parte de su dote para dispensarse....

Edmunda, que hasta entonces había permanecido muy pálida y como distraída, me lanzó de repente una mirada aterradora, y me interrumpió para decirme con seriedad:—¿Para dispensarme de qué Bernardo?

A pesar de la calma que aparentó, vi que estaba muy conmovida, pues rompió su abanico al cerrarlo.

—Para dispensaros, prima, contesté con maliciosa sonrisa, del cumplimiento de cierta promesa que me hicisteis en la Roca de Mauprat.

Púsose entonces más pálida que antes, y su rostro tomó cierta expresión de terror que difrazaba mal una sonrisa de desprecio.

 $-_l$ Qué promesa es esa que le has hecho, Edmunda? dijo el caballero volviéndose hácia ella con candor. Al mismo tiempo el cura me apretó el brazo con mucho disimulo y comprendí que el confesor de mi prima estaba en posesión de nuestro secreto.

Me encogí de hombros. Sus temores me causaban risa y lástima á un tiempo.

—Me ha prometido, repliqué sonriéndome, considerarme siempre como su hermano y amigo. ¡No fueron estas vuestras palabras, Edmunda? Y, ¿creéis que esto se prueba con dinero?

Levantóse con vivacidad y alargándome la mano, me dijo con voz conmovida:—Teneis razón, Bernardo, los sentimientos que abrigais son muy nobles, y falta imperdonable sería en mi el que dudase de ellos un solo instante.

Vi asomarse entonces una lágrima á sus párpados, y apreté su mano, algo fuerte sin duda, pues dejó escapar un lijero grito acompañado de una ronrisa encantadora. El caballero me abrazó, y el abate esclamó muchas veces saltando sobre su silla:—Magnífico! Esto es lo que se llama nobleza! No se necesita aprender esto en los libros, añadió dirigiéndose al caballero, Dios escribe su palabra y derrama su espíritu en el corazón de los niños.

-Ya vereis, dijo el caballero vivamente enternecido, como este Mauprat vuelve por el honor de su familia. Ahora, mi querido Bernardo, no quiero hablarte más de negocios; bien sé como debo obrar, y no puedes impedirme que haga lo que me parezca conveniente para que mi nombre sea rehabilitado en tu persona. La única rehabilitación verdadera está garantida por tus nobles sentimientos; pero queda todavía otra que no rehusarás intentar; es esta la de los talentos y las luces. Espero que te prestarás á ella por afecto hácia nosotros; pero todavía no es tiempo de hablar de esto. Respeto tu orgullo y quiero asegurar tu existencia sin condición. Venid, abate, acompañadme al lugar á casa de mi procurador. El coche está listo. Vosotros, hijos, id á almorzar; va:ros, Bernardo, da el brazo á tu prima, ó por mejor decir á tu hermana. Aprende la finura de los modales, puesto que usándola con ella, no harás más que expresar los sentimientos de tu corazón.

—Decis bien, tio mío, respondí apoderándome algo bruscamente del brazo de Edmunda para bajar la escalera.—Ella temblaba, pero su megillas habían vuelto á tomar sus rosados colores y una sonrisa afectuosa vagaba sobre sus labios.

Cuando nos sentamos á la mesa y nos hallamos, frente á frente, volvióse á enfriar en pocos instantes nuestra buena armonía, y ambos nos sentimos como turbados, sin atrevernos á dirigirnos una sola palabra; si hubiésemos estado solos, habría salido del apuro por medio de una de esas bruscas salidas que sabía imponerme á mí mismo, cuando me avergonzaba demasiado de mí timidez; pero la presencia de San Juan que nos servia, me condenaba al silencio sobre el punto principal.

Tomé el partido de hablar de Paciencia y preguntar á Edmunda cómo era que se hallaba tan bien con él, y lo que debía pensar del supuesto hechicero. Edmunda me refirió en globo la historia del filosófo y me dijo que el abate Auberto era quien lo había llevado á la torre de Gazeau. Ella se había prendado de la inteligencia y sabiduría del cenobita estoico, y sentía el mayor placer en hablar con el. Paciencia por su parte había concebido hácia ella tanta amistad que hacía ya algun tiempo que había abandonado sus antiguas costumbres, y venía con mucha fre-

cuencia á visitarla, al mismo tiempo que al abate.

Ya pode's calcular que le costaría no poco trabajo hacer estas explicaciones inteligibles para mí. No
pude menos de sorprenderme de los elogios que tributaba á Paciencia, y de la simpatía que esperimentaba en favor de sus ideas revolucionarias. Aquella
era la primera vez que oia hablar de un plebeyo
como de un hombre. Además, yo había considerado
hasta entonces al hechicero de la torre de Gazeau
como muy inferior á cualquier otro campesino, y he
aquí que Edmunda lo colocaba sobre la mayor parte
de los hombres que conocía, y tomaba partido en su
favor contra la nobleza, de lo cual llegué á sacar la
conclusión de que la educación no era tan necesaria
como el caballero y el abate querían persuadirme.

—Yo sé leer mejor que Paciencía, añadí, y quisiera que tuviéseis tanto placer con mi sociedad como con la suya, pero creo que no sucede así, prima, pues desde que estoy aquí...

Interrumpió vuestra conversación la llegada de Mr. de la Marche que venia á buscarnos á ambos para dar un paseo.

M. de la Marche era un caballero jóven enteramente á la moda de su época; prendado de la filosofía moderna, volteriano, gran admirador de Francklin, mas honrado que inteligente, bastante mal lógico, pues halló sus ideas mucho menos dulces el día en que la nación francesa se empeñó en realizarlas; lleno de buenos sentimientos y creyéndose mucho más confiado y romancesco de lo que era en realidad. algo más fiel á sus preocupaciones de casta y mucho mas sensible á la opinión de la sociedad de lo que aparentaba ser; hé aquí descrito el hombre. Su figura era encantadora, pero á mi me parecía escesivamente insulsa, abrigando, como abrigaba, contra él; la más ridicula animosidad.

Sus finos modales para con Edmunda aparecían muy serviles á mis ojos; me hubiera avergonzado de imitarlos, y sin embargo no se ocupaba mi imaginación de otra cosa que de exajerarse los pequeños servicios que Mr. de la Marche podría hacer á mi prima. Salimos al parque que era muy espacioso y estaba cortado por un caudaloso arroyo. En el camino, mostróse agradable de mil maneras; no veia una violeta que no arrancase para ofrecérsela á mi prima; pero cuando llegamos á la orilla del arroyo, hallamos la tabla, que servía para pasarlo rota y arrebatada por las tempestades de los días anteriores.

Entonces cogí á Edmunda en mis brazos, sin pedirla permiso, y atravesé el arroyo tranquilamente. El agua me llegaba á la cintura, y conduje á mi prima en mis brazos, extendidos con tanta fuerza y equilibrio que no se mojó ní una cinta. No queriendo Mr. de la Marche aparecer más delicado que yo, se resolvió á mojarse su magnífico trajes y seguirme dando carcajadas algo forzadas; pero aunque no lle-

vaba carga alguna, tropezó muchas veces en las pie dras de que estaba lleno el lecho del arroyo, y no sin gran trabajo pudo reunirse á nosotros. Edmunda no reía: creo que al hacer á pesar suyo esta prueba de mi fuerza y atrevimiento, se aterraba demasiado pensando en el amor que me inspiraba. Estaba hasta enojada, y cuando me dijo deposité suavemente en la orilla, en tono de reconvención:

-Bernardo, os suplico que no volvais á usar de semejantes bromas.

-¡Está bien! le dije, quizás no os disgusten si las usa el otro.

—Es que jamás se las consentiría, replicó Ed munda.

—Lo creo, respondí, se guardaría de emplarlas; mirad que bien lo ha hecho ahora, mientras que yo no os he descompuesto ni un solo pliegue de vuestro vestido. El coje muy bien las violetas; pero creedme, cuando se trate de algún peligro, no le deis la preferencia.

Mr. de la Marche me hizo muchos cumplidos por mi arrojada empresa, en vez de mostrarse celoso como esperaba. Lejos de eso, ni aún parecia pensar en semejante cosa, y cuando logró verse en salvo, principió á burlarse de sí mismo por el mal estado de su traje; pero afortunadamente hacía mucho calor y antes de que acabáramos nuestro paseo, pudo secarse perfectamente nuestra ropa. Observé que Edmunda

permanecia triste y como pensativa, y aún creí que hacía grandes esfuerzos por mostrarme tanta amistad, como durante el desayuno.

Esto no pudo menos de afectarme, porque no solamente estaba enamorado de ella, sino que también la amaba. Imposible me hubiera sido hacer esta distinción; pero mi corazón abrigaba ambos sentimientos: la pasión y el cariño.

El caballero y el abate entraron á la hora de comer, y platicaron en voz baja con Mr. de la Marche acerca del arreglo de mis asuntos, y á las pocas palabras que oí, á pesar mio, comprendí que acababan de asegurar mi existencia con las condiciones brillantes que me habían anunciado por la mañana. Lejos de dar la más leve muestra de agradecimiento, hallábame como turbado de aquella generosidad que no comprendía; desconfiaba de ella, casi tanto como de una emboscada que me armasen para alejarme de mi prima.

Insensible á las ventajas de la riqueza, no conocía las necesidades de la civilización; y las preocupaciones nobiliarias eran para mi un punto de honor, y de ningún modo una vanidad social. Viendo que no me hablaban directamente, tomé el sencillo espediente de fingir una completa ignorancia.

Edmunda estaba cada día más triste. Observé que sus miradas se dirijían alternativamente sobre Mr. de la Marche y sobre mí con vaga inquietud. Siempre que le dirigia la palabra ó levantaba la voz hablando con los demás, temblaba, y en seguida fruncia ligeramente el ceño, como si mi voz le hubiera causado un dolor físico. Apenas acabamos de comer, se retiró á su cuarto, y su padre la siguió con inquietud.

—No observais, dijo el abate viéndolos alejarse, y dirigiéndose á Mr. de la Marche, que de algun tiempo á esta parte se halla muy cambiada la señorita de Mauprat?

-Está delgada, contestó el general pero me pare ce que aún asi está más hermosa.

—Sí, pero temo que esté más enferma de lo que confiesa, replicó el abate. Su carácter ha cambiado tanto como su figura. Está triste.

—Triste? pues si me parece que jamás ha estado tan alegre como esta mañana; no es verdad, mon-Bernardo? Solo despues del paseo ha sido cuando se ha quejado de un poco de jaqueca.

-Os digo que está triste, replicó el abate; cuando se muestra alegre, conócese desde luego que su alegría es forzada y violenta así es que momentos después vuelve á caer en una melancolía que jamás le habia notado antes de la famosa noche del bosque. No dudeis de que las emociones de aquella noche han sido muy graves.

-En efecto, ha sido testigo de una escena horrible en la torre de Gazeau, dijo Mr. de la Marche; y después aquella rápida carrera de su caballo que la arrebató lejos de la caza por entre el bosque ha debido fatigarla y asustarla mucho.

—Sin embargo, está dotada de un valor tan admirable!.. Decidme, amigo Mr. Bernardo, cuando la encontrásteis en el bosque, estaba muy asustada?

-¡En el bosque! repliqué, yo no la he encontrado en el bosque.

—Verdad es, quiero decir en la Varenne, dijo el abate con precipitación... A propósito, Mr. Bernardo, queréis permitirme que os diga una palabra acerca de vuestra propiedad de... Me sacó fuera del salón, y me dijo en voz baja. —Os traigo aquí para suplicaros que no dejeis sospechár á nadie, cualquiera que sea, ni aún á Mr. de la Marche, que la señorita de Mauprat ha estado ni un segundo en la Roca de Mauprat.

—¿Y por qué? pregunté, ¿no ha estado alli bajo mi protección? ¿No ha salido de allí pura, gracias á mí? ¿Y puede haber nadie en el pais que ignore que estuvo en el castillo dos horas?

—Nadie lo sabe, contestó; en el momento de salir de allí, la Roca de Mauj rat caia en poder de los sitiadores, y ninguno de sus moradores saldrá de su sepulcro, ó vendrá del destierro, para contar este hecho.

Cuando conozcáis más el mundo, comprenderéis cuanto importa á la reputacion de una joven, el que no pueda suponerse que la más ligera sombra de peligro ha pasado siquiera sobre su honor. Entretanto, os suplico en nombre de su padre, en nombre de la amistad que la profesais, y que la habéis expresado esta mañana de una manera tan noble y tierna!—Sois muy astuto, señor abate, dije interrompiéndo-le, todas vuestras palabras tienen un sentido oculto que comprendo muy bien, á pesar de mi rusticidad. No soy capaz de negar su virtud, ni de frustar el casamiento que desea. Decidla que solo reclamo de ella una cosa, la promesa de amistad que me hizo en la roca de Mauprat.

—Sin duda esa promesa tiene á vuestros ojos una singular solemnidad dijo el abate; y en ese caso ¿qué desconfianza es la que puede inspiraros?

Me quedé mirándole de hito en hito, y como me parecía a'go turbado, tuve gusto en atormentarle, esperando que referiria mis palabras á Edmunda.

—Ninguna, le contesté; solamente veo que se teme un retraimiento por parte de M. de la Marche, en el caso en que llegara á descubrirse la aventura de la Roca de Mauprat. Si ese señor es capaz de concebir sospechas de Edmunda, y de hacerla un ultraje la víspera de su boda, me parece que hay un medio muy sencillo de arreglar esto.

- -¿Cuál?
- -El de rovocarle y matarle.
- -Espero que hareis todo lo posible por evitar esa

dura necesidad y ese terrible peligro al respetable M. Huberto.

—Yo se los evitaré encargándome de vengar á mi prima. Este es mi derecho, señor abate; conozco los deberes de un hidalgo tan bien como si hubiera aprendido latín. Podeis decirla de mi parte, que duerma en paz; yo me callaré, y si esto no basta, me batiré.

—Pero, Bernardo, replicó el abate con tono insinuante y dulce, ¿pensais en la inclinación de vuestra prima á M. de la Marche?

-Esa es otra razón más, exclamé sobrecogido de un movimiento de rabia, y le volví la espalda bruscamente.

El abate refirió toda esta conversación á Edmunda. Preciso es confesar que era muy embarazoso el papel que este digno sacerdote se veía precisado á representar, pues había recibido bajo el sigilo de confesión, revelaciones á las cuales no podía aludir sino valiéndose de rodeos, cuando hablaba conmigo. Esperaba sin embargo, hacerme comprender, por medio de estas delicadas alusiones, el crimen de mi obstinación, y persuadirme que debía renunciar á él. Pronosticaba demasiado bien de mí. Tanta virtud era superior á mis fuerzas, como lo era también á mi razón.

X.

Pasáronse algunos días en una calma aparente.

Edmunda continuaba enferma y salía poco de su estancia. Mr. de la Marche venía casi todos los días, pues su casa de campo se hallaba situada á corta distancia. A pesar de las muchas y finas atenciones que guardaba conmigo, cada día le tenía más aversión. Yo no comprendía ni una palabra de esas afecciones de filosofía, y le impugnaba con toda la grosería de preocupaciones y de expresiones de que era susceptible. Lo único que me consolaba de mis sufrimientos secretos, era ver que no era recibido más que yo en la estancia de Edmunda.

El único acontecimiento de la semana fue la instalación de Paciencia en una cabaña inmediata al castillo. Desde que el abate Auberto halló cerca del caballero un modo de vivir exento de las persecuciones eclesiásticas, no consideró necesario ver secretamente á su amigo el cenobita. Habíale, pues, instado vivamente á que dejase la habitación de los hosques y viniera á vivir cerca de él, Paciencia se había hecho mucho de rogar. Tantos años pasados en la soledad le habían adherido de tal suerte á su torre de Gazeau, que vacilaba en dar la preferencia á la sociedad de su amigo.

Además de esto, decía que el abate iba á corrom-